



Buenos Aires, mayo de 2016

Circular N° 557

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos a continuación el extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti

Texto bíblico:

“Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.”

(Mateo 7:13-14)

Aquí nuestro Señor con sus palabras hacía referencia a aquellas cosas que eran comunes para las personas de ese tiempo y en ese lugar. Cuando hacía comparaciones, metáforas, analogías, usaba los ejemplos del lugar y del tiempo que vivían, para que lo pudieran comprender. Seguramente no habría podido hablar en aquel tiempo si utilizaba un semáforo, porque no había. Entonces hablaba de las cuestiones del campo, de los pájaros, de los cultivos, de las cosechas, de la siembra, de los obreros, de la viña. Eran cosas del tiempo, ejemplos utilizados para que se pudiera comprender lo que Dios en nuestro Señor Jesucristo les quería decir.

Esta palabra, de la puerta ancha y de la puerta angosta, hace referencia a la ciudad de Jerusalén, que como muchas ciudades de aquel tiempo estaba amurallada. Aún hoy, en algunas ciudades persisten las entradas antiguas. Eran murallas que tenían puertas anchas, como la puerta de las ovejas, era así porque ahí entraba el ganado que se vendía en el mercado. Y luego había unas puertas angostas, muy angostas, que terminaban en aguja. Por eso también esa imagen del camello, cuando dijo Jesús que es más fácil que entrara un camello “por el ojo de una aguja” (comparar con Mt 19:24; Mr 10:25). Durante la noche las puertas amplias, anchas, se cerraban. Entonces quedaba solamente el acceso a la ciudad por las puertas angostas, por temas de seguridad.

El Apóstol hace una comparación que tiene que ver justamente con que echemos una mirada acerca de las puertas anchas y las puertas angostas. Y no precisamente las puertas materiales sino aquellas espirituales. Pero no son solamente las puertas, sino también los caminos que conducen a estas puertas.

Cuando un camino es ancho, uno puede andar con cierta libertad. En el pueblo donde vivía mi abuela había una avenida pero de tierra, muy ancha. No había demarcaciones, no había pavimento ni semáforos. Y uno podía andar por ahí con una cierta comodidad porque era ancha y porque se permitían ciertas libertades. Por otro lado, a veces hay caminos que son angostos, que están muy delimitados, que se puede pasar por ahí con mucho cuidado porque hay que estar pendiente de muchas cosas. Cuando uno va a los lugares para conducir, tiene que escuchar una charla acerca de las normas de tránsito, de las

Iglesia Nueva Apostólica Sud América

Santiago del Estero 1568
C1136ABH Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Tel: 005411 4363-9400 / Fax: 005411 4363-9441
www.inasud.org



actualizaciones, algunas cosas nuevas y una vez cuando me tocó hacer el trámite, el instructor hizo una pregunta sobre dónde ocurre la mayor cantidad de accidentes. Entonces algunos dijeron alternativas. Y él respondió: No, ninguna de esas. Los accidentes ocurren más frecuentemente cuando estamos cerca de casa. Porque cuando uno está a cinco cuadras de la casa de uno, ya sabe que en la próxima vienen de allá y que en la otra vienen del otro lado y que en la tercera no viene nunca nadie...entonces es como que uno al estar cerca se afloja, ya no mira tanto. Y ahí es cuando viene uno por donde no tenía que venir, uno que pasó por donde no tenía que pasar y entonces es cuando se producen, con mayor frecuencia, los choques.

Si lo llevamos al ámbito de lo espiritual, también hay un camino ancho y un camino angosto. Dice el Apóstol: No se llega fácilmente, con comodidad, al camino angosto y a la puerta angosta. Porque a veces uno puede llegar a concluir que la bendición de Dios está vinculada a que podamos andar con comodidad y que nos vaya bien. El Apóstol Mayor también en uno de los Servicios Divinos manifestó, acerca de la aflicción que iban a atravesar los hombres de aquel tiempo y los de este tiempo, las cosas que iban a pasar, pero que también íbamos a encontrar paz. Y son como esos conceptos que se contraponen, porque cuando uno está triste, cuando uno está mal, cuando a uno le pasan cosas, es difícil tener un corazón pacificado. Pero cuando colocamos la mirada ahí donde la coloca el Señor, entonces viene esa paz que no es de acá. Jesús dijo: la paz os dejo, mi paz os doy (comparar con Jn 14:27). Es otra cosa. La comprensión de otra dimensión, de otro ámbito. ¿Y para qué es el tiempo de gracia? En cada Servicio Divino el Espíritu Santo de una manera muy especial trae lo que es de Dios y nos lo hace saber.

Cuando íbamos al colegio o estábamos frente a algún examen, ¿acaso no le hemos pedido alguna vez al profesor o al maestro una clase de apoyo, de refuerzo? ¿Por qué? Porque necesitábamos reforzar un poco los conceptos, habían quedado preguntas, porque al día siguiente teníamos el examen. ¿Y no será que este tiempo de gracia es también como esa clase permanente de apoyo que el amado Dios nos da? El Espíritu Santo trae lo que es del Señor y nos lo hace saber. ¿Para qué? Porque nos estamos preparando para su venida. Este es el punto central y neurálgico, el sentido de nuestra vida. A veces nos olvidamos para qué venimos a la Iglesia. Y entonces damos más importancia a otras cosas.

Pero lo importante es que nuestra alma pueda estar rodeando el altar. Que nuestra alma pueda recibir de la palabra. Porque cada vez que recibimos la palabra, estamos recibiendo de ese consuelo, ese apoyo, esa asistencia, ese agregado que tiene el Señor para prepararnos para el día de su venida. Y no solamente para el día de su venida, sino para participar de esa gloria. Jesús dijo: Padre, “la gloria que me diste, yo les he dado”. Lo que primero pidió Jesús cuando habló con el Padre, lo que se conoce como oración sacerdotal (pontifical), fue esa unidad: Padre, que sean una sola cosa, “...para que sean uno, así como nosotros somos uno” (comparar con Jn 17:22). A veces estamos preocupados por salvarnos nosotros. Pero formamos parte de una comunidad. Estamos preocupados por nuestros problemas, pero formamos parte de una comunidad.

Cuando ponemos en el centro lo que es verdaderamente importante y que tiene que ver con nuestra alma, entonces podemos parar todas las cosas y decidir por dónde queremos



entrar. Porque está la puerta ancha, por la cual es fácil entrar y el camino ancho por donde es fácil transitar. Y está el camino angosto. Dice en este texto: *“Muchos son los que entran por ella”*, refiriéndose a la puerta ancha, que está referenciado con un lugar espacioso, y dice: *“el camino que lleva a la perdición; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan”*. Por otra parte, aquellas puertas de las murallas eran muy bajas, por lo cual para entrar había que inclinarse. Me acuerdo que el Apóstol de Distrito Bianchi solía comentar que cuando viajaba junto al Apóstol Mayor Urwyler, cuando debían pasar los Apóstoles por una puerta, tal vez el protocolo indicaba que él pasara primero y luego los demás. Pero el Apóstol Mayor Urwyler siempre se quedaba en la puerta hasta que pasaran todos. ¿Y nosotros? ¿Queremos ser los primeros? No solamente los primeros en pasar. Porque pasar y entrar por la puerta angosta, es una forma de vida. Entonces para buscar esa forma de vida, para pasar por la puerta estrecha y por el camino angosto, tenemos que dejar algunas posiciones. Tenemos que dejar esas posiciones y también tenemos que dejar algunas posesiones. Si alguien nos regala una sandía, o dos, y tengo que pasar por la puerta estrecha, no entro con las sandías. A veces hay cosas que queremos llevar, que pretendemos llevar a la patria celestial y que no nos van a ser útiles.

Cuando en una casa un matrimonio se prepara para hacer un viaje, entonces viene alguna discusión en cuanto a las valijas. Porque muchas veces nuestras esposas llevan las cosas “por si”: por si llueve, por si hace calor, por si hace frío, porque no me puedo poner lo mismo, por esto, por aquello...y la valija es ingobernable. Y a veces nosotros vamos acumulando cosas: por si pasa esto, por si pasa aquello... cosas espirituales y se convierten en algo muy pesado en nuestro camino. Entonces parecería que es más fácil andar por un camino amplio y espacioso. Como venimos con muchas cargas y muchos bultos, nos manejamos mejor por un camino ancho. El camino estrecho implica dejar un poco de equipaje. Lo que llevamos, lo llevamos en el corazón.

Habla luego aquí de inclinarse, y para inclinarse hay que ser humilde. La humildad se mide en las actitudes, en la manera en que nos conducimos. Porque en definitiva Dios les estaba enseñando a conducirse. Es como si les estuviera diciendo: Yo te prepararé una morada para que donde yo esté, vos también estés, pero ahí, en esa morada, no se vive como se vive acá. Se vive de otra manera, tiene otras formas, hay otras regulaciones. Jesús en aquel tiempo les estaba enseñando esas regulaciones. Y en este tiempo el Espíritu Santo en el ministerio de Apóstol nos enseña esos modos, esos usos, esas conductas de las cuales nos tenemos que apropiarse cada uno de nosotros. Tenemos las puertas de la fe. Podemos andar cómodos, espaciosos, o bien podemos elegir la otra que nos ayuda a tomar aquello que es agradable ante los ojos de Dios.

Cuando nos miramos al espejo nos preguntamos qué nos está pasando, si lo que vemos es de Dios o no es de Dios. Porque también está la arrogancia. Y la arrogancia nos lleva a pasar primeros, es el momento en el cual nos adjudicamos un derecho que no nos corresponde. Cuando nos adjudicamos derechos que no nos corresponden, entonces estamos sacando el derecho del otro. A veces somos arrogantes en nuestras actividades, somos arrogantes también en la Iglesia, porque cuando pensamos que “yo merezco estar aquí”, pero “mi hermano no sé...”, entonces me estoy arrogando un derecho que no me corresponde.



Siempre hablamos con los siervos de las necesidades, de “pasar el peine fino”, como las mamás a los nenes cuando vuelven de la escuela, por si hay algún piojito por ahí. Porque también están los peines como el del payaso, con dientes bien grandes, pero ni nos peinan. En cambio cuando uno usa el peine pequeño de acero, ahí sale todo. Espiritualmente, a veces somos muy condescendientes con “nuestros piojitos”: nos perdonamos todo, está todo bien, tenemos razones para hacer esto, para hacer aquello. Pero es la arrogancia, por ahí me estoy dando un derecho y se lo estoy sacando a otro. Porque tu hermano es tan bueno como tú, pero no siempre estamos tan de acuerdo con eso...

Y una de las cosas que también colocó el Apóstol Mayor muy especialmente era el tema de esa unidad por la que nuestro Señor Jesucristo intercedió: “para que sean uno, así como nosotros” (comparar con Jn 17: 11 y 21-22).

Esa puerta angosta es también la puerta de la mansedumbre. ¿Somos mansos? A veces nos puede abordar la incertidumbre, la inquietud, nos puede llegar a parecer que los métodos y las formas del Señor no son suficientemente buenos para vencer. Pero el Apóstol Mayor nos dio para este año el lema de “Vencer con Cristo”. Entonces no se trata de que cada uno venga como le parece sino de que vencamos con las armas del Señor. ¡Vencer con Cristo!

Cuando uno cree y todo lo que está alrededor te dice que no, pero uno cree que sí, uno a veces se encuentra en un estado de indefensión, como que todo se está yendo de nuestras manos. Pero si no creemos no podemos vivir. La fe viene por el oír de la palabra. Y la palabra la escuchamos en los Servicios Divinos. Entonces a veces disociamos un poco las cosas y los conceptos. Si creemos y sabemos que la fe viene por el oír de la palabra, ¿en qué momento se nos ocurre no venir a la Iglesia? Por el motivo que fuere: porque hace frío, porque hace calor, por esto y aquello. ¿En qué momento disociamos lo que sabemos de lo que hacemos? En algún momento nos pasa. Nadie se da cuenta cuando nos ocurren estas cosas, y nos ocurren a todos, porque a veces en el interior se levanta una vocecita que nos dice: “hoy no voy, Dios sabe. El Pastor sabe”. Pero Dios sabe y Dios conoce qué es lo que es lo que yo no quiero vencer. Tengo que dar lugar y tiempo para que se produzca el hecho divino, para tener a Dios en mi vida.

También sabemos que Jesús dijo que: el que no coma mi carne y beba su sangre no tendrá parte conmigo (comparar con Jn 6:53 y ss.). Participamos del cuerpo y la sangre de Jesús en cada Servicio Divino. Y si no venimos al Servicio Divino, ¿cómo tenemos la comunión viva con Jesucristo en el cuerpo y la sangre de Jesús, si no participamos de la Santa Cena? Disociamos lo que sabemos, de lo que hacemos.

¿Por qué puerta andamos, por qué camino andamos? Porque cuando uno toma por un camino que no es el correcto, a veces uno quiere tomar por otra calle y se complica, se vuelve a perder. Cuando nos damos cuenta de que estamos por un camino con mucha comodidad (que no es sólo la comodidad material, sino más bien la comodidad espiritual), hay cosas que no tenemos que dejar para el final.



Tal vez agradecemos en algunos momentos del día. Quiero pensar que los cristianos nuevoapostólicos agradecemos por los alimentos, aun cuando tenemos visitas en casa. A veces tenemos visitas, se junta el marido con la esposa y dicen: ¿qué hacemos? ¿Hacemos la oración? ¿O agradecemos acá y no en la mesa? ¿Cuál es el problema de hacer la oración en la mesa? Camino ancho y camino angosto.

A veces buscamos un momento oportuno para agradecer. Pero me pregunto: cuando voy caminando por la calle y me pasan cosas, o bien no me pasan cosas, ¿le voy agradeciendo al amado Dios porque siento que extiende su mano cada día, a cada momento?

Y a veces el Señor nos pide tiempo para trabajar en la Iglesia y decimos: no tengo. La ofrenda la tenemos que preparar antes, le tenemos que pedir al amado Dios antes el tiempo para trabajar en la Iglesia.

Ahora celebraremos el perdón de los pecados y somos llevados a arrepentirnos. Quizás pensamos: "Uy, ahora tengo que arrepentirme, a ver, ¿de qué me tengo que arrepentir? A ver qué se me ocurre...". ¿Será solo eso? ¿O tengo que venir preparado?

Entonces, voy abandonando la comodidad de no pensar en nada y de que nada me importe y me afecte demasiado, para pasar a esa "incomodidad" de preguntarme a cada instante qué es lo que me está pasando por el corazón, si es de Dios o no es de Dios. A veces hay cosas y sentimientos que no podemos llevar delante del Señor.

¿Qué hay que hacer entonces? Tomar lo que Dios te dice, arrodillarse y agradecer. Pasar por la puerta angosta también es la oración. Es el momento en que le decimos al Padre gracias, como a la persona que uno ama, que no tiene un horario para acordarse. ¿Y qué sentimos cuando nos damos cuenta de que nos escucha?

Son todas decisiones y las tomamos nosotros, luego hay que asumir las consecuencias. Porque la siembra es voluntaria pero la cosecha obligatoria. Esas decisiones muchas veces van en contra de cómo va la corriente en el ámbito en el que nos movemos. Pero elegimos qué cosas no hacer y qué cosas no decir, qué cosas no pensar. Queremos entrar por la puerta angosta a la casa del Padre.

* * *